

Tan embrollada se presenta la vida del hombre, que se hace necesaria una gran hecatombe, cuando no un brusco cambio en el mundo. Apegados por demás a las cosas de la tierra, metidos en demasía en uno y único problema, falta un compás de espera o algo que nos obligue a levantar la vista hacia arriba o separarla, por lo menos, de lo corriente. En realidad, vistos nuestros problemas desde un plano superior, resultan meros problemitas sin importancia. ¿Qué será de todo esto si se anuncia en un diario de Canadá, pongo por caso, el descenso de dos selenitas o el arribo de una pareja de habitantes de Marte? ¿Y si, además de este episodio, nos pusiéramos en comunicación inmediata con algún planeta, en el cual no exista uno solo de los problemas nuestros?

Nos hace falta un cataclismo. Verbigracia, la electrocución de todo un país o de un continente. Si mañana amane-

ENRIQUE AMORIM

UN GRAN SUSTO

cen electrocutados, los habitantes de Estados Unidos, porque un corto circuito desconocido, pulverizó las usinas de toda América del Norte, la faz del mundo cambiaría de la mañana a la noche.

Un poco fatigados del milagro, increíbles y descreídos hasta el exceso, los hombres necesitamos de algo que nos llene de pavor, que nos haga olvidar la baja del peso, los altibajos de la Bolsa, la tontería del Yo Yo, los problemas sexuales. Necesitamos de la mano oculta, de lo ultraterreno y sólo la electricidad puede proporcionarnos esta distracción definitiva. A fuerza de dominarlo todo, necesitamos ser dominados por algo

sacados de las casillas hasta el miedo.

Pocos creemos en la salvación del hombre por el hombre. Aunque el apuntalado capitalismo suba y baje como el Yo Yo, es una minoría la que sabe ciertamente, que la cuerda terminará por romperse. Pero el resto es para quien es necesario el cataclismo, la pulverización de todos los polvorines del mundo, por medio de la electricidad.

Se me ocurre anunciar la proximidad de un cometa, que hará estallar las bombitas de los revolucionarios y las bombas de los de la Liga de las Naciones. Con solo este nimio fenómeno, estaremos salvados por un buen lapso de tiempo.

Que estallen las balas que permanecen amenazadoras, en los pasivos caños de las armas.

¿Qué pasaría si las langostas envenenadas por el bacilo Tal, se internasen en América y exterminaran las tropas de guerra, del Chaco? Mueren actualmente los pájaros que ingieren langostas y éstas, al parecer, nada sufren. La depoblación de nuestros árboles aun, no ha sido denunciada. Por ahí puede aparecer el gran fenómeno que distraigan a los que preparan golpes armados en el Uruguay. A fin de cuentas sería una hecatombe regional, que acabaría con un mal sudamericano.

Necesitamos en el mundo la sacudida cósmica, el temblor íntegro de la tierra, como si

ella fuese un manso animal que agita su pellejo, para espantar el pájaro obstinado en comerle la sarna. Pasado el sismo, repuestos de la sorpresa, sacudidos por una fuerza desconocida, volveríamos al cauce verdadero, desdeñando las pequenezes del Imperialismo, olvidados del petróleo, los negocios sucios, las crónicas de sociedad y los cigarrillos rubios.

Llevamos mucho siglos sin miedo. Como a las criaturas arriesgadas que bajan al sótano sin temor a los duendes, y a las cuales hay que asustar un día, el mundo necesita una aparición...

Y el único demonio con el cual juguemos sin saber a ciencia cierta su verdadero rostro, es la electricidad. Cuando ella rebote en el cielo o en algún planeta, como la pelota en el frontón, recién sentiremos algo fuerte. Mientras tanto, con los ojos bajos, seguiremos jugando al borde del abismo.

ENRIQUE AMORIM